



## Relatos de la “*Sīrat al-thāhir Baïbars*”



# X – El juicio al monje maldito

## 38 – Saad se gana una buena paliza

Edición y traducción para [www.archivodelafrontera.com](http://www.archivodelafrontera.com)  
esmeralda.deluis@hotmail.com

Colección: Clásicos Mínimos  
Fecha de Publicación: 2022  
Número de páginas: 7  
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

**Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.**  
Más documentos disponibles en [www.archivodelafrontera.com](http://www.archivodelafrontera.com)



### Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto de la Fundación **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

[www.cedcs.org](http://www.cedcs.org)  
[info@cedcs.eu](mailto:info@cedcs.eu)

## X. 38 – Saad se gana una buena paliza



**E**l sultán, ante la lluvia de cañonazos que le llegaban desde las murallas de Tiberíades, ordenó a sus tropas que se batieran en retirada y levantaran las tiendas del campamento a mayor distancia, fuera del tiro de los cañones. A la mañana siguiente, cuando Dios hizo surgir la aurora, el sultán redactó una misiva, luego, hizo una seña a Saad, que se aproximó tras dedicarle una profunda reverencia.

– Toma, Saad, ve a llevar este mensaje a Tabarín: se lo has de entregar en mano, y no vuelvas sin haber obtenido respuesta.

– Por mi cabeza y mis ojos –respondió el joven, que se preparó y partió al momento.

Después de haber abandonado el pabellón real, el sultán se dio cuenta de que reinaba cierta agitación entre los dignatarios del Consejo: cada cual murmuraba, inquieto, al oído de su vecino.

– ¿Y...? ¿Se puede saber qué os pasa ahora, grandes del reino de Egipto? –les preguntó.

– *Efendem*, a decir verdad, estamos un poco extrañados de que hayas encargado a Saad llevar ese mensaje –respondieron.

– ¿Y por qué? ¿Qué hay de malo en ello?

– *Efendem*, tú sabes, tan bien como nosotros, que Saad e Ibrahim son, por así decirlo, como dos almas en un solo cuerpo: no pueden estar separados el uno del otro. De eso estábamos hablando: de que tememos que, una vez en Tiberíades, Saad no se ponga de parte de su primo, y que, de un golpe, en lugar de un adversario, nos encontremos con dos en los brazos.

– ¡Cierto! –pareció percatarse el sultán– Vuestro temor está bien fundado. Que vayan rápido a traérmelo de vuelta.

Se llamó a Saad, que regresó a presentarse ante el trono.

– Oye, sheij Saad –le dijo el rey con un tono falsamente severo–, en cuanto hayas entregado tu carta en Tiberíades, ¿no se te ocurrirá aliarte con Ibrahim? ¿eh?

– ¡Por ese lado, no hay peligro! –protestó el joven– ¡Con lo que adoro yo al gordo de Panza Búfalo! ¡Por Dios, con la paliza que me dio en el Horân! ¡una bastonada que aún no he acabado de digerir!

– Entonces, ¿seguro que no tienes intención de rebelarte tú también?

– ¡Pero bueno! ¡Tendría que estar totalmente loco para ir a mezclarme con esos francos!

– Perfecto –aprobó el sultán.

– Escucha, *efendem*, ¿cuándo me has visto tú a mí mentir?

– Está bien, vete ya, no te entretengas en el camino, y vuelve pronto.

Saad echó a correr, y en un momento llegó hasta las murallas de Tiberíades.

– ¡Mensajero y emisario! –proclamó– ¡El mensajero solo es responsable de la transmisión del mensaje!

– ¿Se puede saber qué vienes a hacer tú aquí, *ghandar*? –le preguntaron los patricios.

– Traigo un mensaje para vuestro rey, Tabarín.

– ¡*Ala larga, ghandar*! No te acerques más, hasta que no hayamos obtenido el permiso para dejarte entrar.

Los patricios se fueron corriendo a avisar a Tabarín, que en ese momento presidía su Consejo, flanqueado por Ibrahim; Yauán, Bartacûsh y Jaddûr también estaban presentes.

– *Babb*; ha llegado un emisario de los musulmanes –anunciaron los patricios.

– ¿Qué aspecto tiene? –preguntó Ibrahim.

– ¡Tiene la misma pinta que un diablo larguirucho y flaco, muy moreno, casi renegrido, y da unos brincos como si fuera un *yîn*!

– ¡Eh, pero si es mi hermano Saad! –exclamó Ibrahim riéndose– Vamos, id rápido a abrirle la puerta.

Los patricios regresaron y entreabrieron uno de los batientes. Saad se ajustó bien su ropaje con el cinturón, y proclamó:

– ¡Benditos sean aquellos que proclaman el recto camino, temen las consecuencias de sus actos, y obedecen a Dios, el Altísimo! ¡Malditos, los mentirosos, los que prevarican, y los que asocian otras divinidades a Dios!

Le condujeron ante el *babb*, y, al entrar en la sala vio a Ibrahim sentado a su lado.

– Eh, Panza Búfalo, ¿qué se te ha perdido a ti aquí? –le largó Saad nada más verle– La verdadera religión es el Islam, ¿sí o no?

– Para ya de tontear, Saad, y vamos al grano: ¿qué nos traes?

– Una carta llena de cosas importantes, que requiere una respuesta urgente, y que me aportará, si Dios quiere, una buena recompensa, de quien disfruta de una abundante riqueza –recitó el joven Saad pomposamente.

– Entonces, pásanos ya la carta, y luego, te damos la respuesta.

– Pero ¿qué te has creído, Panza Búfalo? ¿Estás mal de la cabeza o qué? Yo, Saad, hijo de Dibl El-Baysâni, no te entregaré la carta hasta que tú y todos los aquí presentes se pongan de pie; luego, tú avanzarás hacia mí con toda la cortesía del mundo; la cogerás educadamente, la leeras con calma, me darás la respuesta de inmediato, y yo, me retiraré discretamente.

– ¿De verdad que quieres que me ponga en pie en honor de esta carta, Saad? –le preguntó Ibrahim no dando crédito a lo que acababa de oír.

– ¡Pues claro que sí! ¡Qué te has creído! ¿Es que tú, cuando vas a llevar las cartas de nuestro señor el sultán, se las entregas al destinatario sin obligarle a ponerse de pie?

– Eso es verdad, pero tú ¿cómo te vas a comparar a un hombre como yo?

– Pero bueno, Panza Búfalo ¿quién te has creído que eres? –se rebeló Saad– ¿Es que se te ha subido a la cabeza esa gorda barrigota? Vamos, ven, lucha conmigo ahora mismo: ¡tú, montado en tu jaca la Saljadiana, y yo, a pie con mi honda, que ya te mostraré yo quién es más hombre! Venga, levántate ahora mismo, ¿a qué esperas?

– Bueeno, de acuerdo –concedió Ibrahim–, pero que conste que lo hago por darte el gusto.

Ibrahim se levantó, imitado por toda la asistencia, y avanzó para coger la carta, pero Saad retiró rápidamente la mano y se la escondió detrás de su espalda.

– ¡Empezamos bien! Y ahora, ¿qué es lo que pasa? ¿A qué viene tanto aspavimento, Saad? –gruñó Ibrahim.

– Espera, es que había olvidado una cosa, la acabo de recordar ahora mismo, y es una recomendación muy importante. Mira; esta carta proviene del sultán, que es la sombra de Dios sobre Su tierra, el monarca universal, Servidor de los Santos Lugares y Comendador de los creyentes. Puede que la haya redactado en un momento de cólera y, al leerla, es posible que encuentres, aquí o allá, una palabra o una expresión hiriente; pero, sobre todo, no se te ocurra romperla, ya que, por la santidad de Baba Omar, mi antepasado, yo mismo te habré abierto esa gorda panza con mi puñal, antes de que el primer trocito de papel toque el suelo<sup>1</sup>!

– ¡Dámela de una vez y déjate de historias, Saad! ¡Pero qué desgracia! ¡Con los esfuerzos y las penalidades que he pasado contigo para enseñarte bien el oficio, y mírate ahora, intentando hacerlo mejor que yo!

Sin más preámbulos, Ibrahim le arrancó de las manos el documento, lo abrió y leyó lo siguiente:

---

<sup>1</sup> Ya nos habremos dado cuenta de que Saad retoma, casi palabra por palabra, el discurso que Ibrahim hizo ante el emperador Federico en una ocasión parecida.

“Del rey El-Zâher, al babb Tabarín.

Tú, babb ¿por quién te has tomado para conceder asilo a uno de mis servidores que se ha rebelado contra mí y se ha escapado de mi justicia? ¿Es que te crees capaz de medirte conmigo? Pero yo sé quién te ha inspirado tal conducta: ¡ha sido Yauán! Yauán, cuyo único deseo es provocar tu desgracia, lo mismo que ha hecho con tantos otros antes que tú. Si deseas escapar a la destrucción, y conservar tu ejército, fundamento de tu poder, deberás hacer prisionero a Ibrahim al recibo de la presente, y me lo conducirás aquí, debidamente cargado de cadenas, descalzo y con una soga al cuello. Solo bajo estas condiciones, yo te concederé gracia para tu país; en cuanto a Ibrahim, él tendrá un juicio justo y un careo con sus adversarios, conforme a la Ley del Islam.

Si actúas de este modo, obtendrás beneficio; pero, si te obstinas en la rebelión, pues entonces, sal con tu ejército a enfrentarte conmigo: será la batalla quien elija al vencedor.”

Una vez conocido el contenido del mensaje, Ibrahim se lo entregó al babb, y éste, a su vez, se lo pasó al truchimán, que lo tradujo a la lengua franca.

– Hijo del Korani –declaró Tabarín–, te he confiado mi reino y mi ejército: escribe tú mismo la respuesta que te parezca mejor.

– ¡Escoge la guerra, hijo del Korani! –intervino Yauán–. No olvides la injusticia y la ingratitud que el rey te ha mostrado. ¡Y ahora viene hablando de un juicio equitativo! En esa carta no hay ni una sola palabra que diga verdad.

Empujado por los resentimientos que acababa de avivar el maldito monje, Ibrahim respondió con una declaración de guerra, y una vez redactada la carta, se la entregó a Saad.

– ¿Y qué hay del pago de mi mensajería? –reclamó Saad.

– Oye, Saad, ¿no crees que te estás pasando? –protestó Ibrahim– ¿También querías que te pagara por la carrera?

– ¡Déjate ya de tonterías, Ibrahim! En serio, ¿me tomas por tonto, o qué? ¿Es que tú has entregado alguna vez una carta sin pedir que te pagaran por el recorrido?

– ¡Ah, claro que no!

– ¡Pues yo, igual que tú!

– Está bien, de acuerdo, ¿cuánto quieres? –suspiró Ibrahim.

– Lo dejo a tu generosidad, que puede ir..., de cien mil monedas de oro, a unas mil. Menos de eso, ni lo sueñes.

– Bueno, Saad: ya sé que tienes muchos gastos en este momento, y que tienes que ahorrar para la dote de Aïsheh de Bushnât. Toma, aquí tienes mi bolsa: coge lo que quieras, y déjame el resto.

Diciendo estas palabras, sacó de su cinto un grueso saco de cuero grasiento y espeluchado, lleno de monedas de oro. Saad se acercó inocentemente, con la intención de arrancárselo de

las manos y huir a la carrera; pero Ibrahim le había visto venir con sus grandes zuecos, y en cuanto su primo estuvo a su alcance, le agarró por detrás, le cogió por la cintura y lo elevó por los aires.

– ¡Ay! –gritaba el desgraciado Saad– ¡Ojalá te parta un rayo, Panza Búfalo! ¡Suéltame, te digo que me sueltes! ¡No estoy para juegucitos!

– ¡Ah, pequeño golfillo, pretender sacarme el precio de tu carrera! ¡Como si no supieras que tu hermano Ibrahim jamás ha regalado ni una sola piastra!

– ¡Te digo que me dejes, que no estoy para bromas! ¡Ya puedes tragarte tu dinero, y ahogarte con él!

– ¡Traed el potro de los bastonazos! –ordenó Ibrahim arrojándole al suelo.

Ibrahim, sin preocuparse de los gritos y maldiciones de su primo, le propinó cien bastonazos en la planta de los pies.

– ¡Y ahora, ya puedes ir a contar lo que has visto! –le ordenó Ibrahim una vez hubo terminado con el suplicio.

El pobre desgraciado se levantó de un salto y enfiló todo recto, corriendo pies para que os quiero, hasta llegar al campamento; allí, fue directamente al pabellón real, en donde entró llorando y lanzando unos gritos espantosos:

– ¡Imploro tu socorro, oh, Comendador de los creyentes! ¡Véngame de la afrenta que acabo de sufrir!

– ¿Qué te ha pasado, Saad? –se extrañó el sultán.

– ¡Que Panza Búfalo se ha hecho franco! Hasta se ha puesto una *shabqa*<sup>1</sup> en la cabeza, gorda, como un marmitón. ¡Además, me ha dado una bastonada que me ha dejado sin uñas en los dedos de los pies!

– ¡Esto es el colmo! –exclamó el rey cuando Saad acabó de contar sus desgracias– ¿Te das cuenta, Shâhîn? ¡Ibrahim llevando una *shabqa*!

– Eso me parece poco probable –objetó el visir–. Me pregunto si Saad no estará exagerando un poco: después de la paliza que se ha llevado, sería comprensible... ¿Qué dices tú, Saad?

– Bueeeeno, sí –reconoció el joven–. Pero, escucha, visir; si Ibrahim ya me ha dado cuatro veces una bastonada, me parece que yo también tengo derecho a ponerle una *shabqa* de cuatro cuernos ¿no crees?

Sonriendo ante esta salida, el rey leyó el mensaje, y, al ver que se trataba de una declaración de guerra, lo rasgó y arrojó al suelo, ordenando batir los tambores, bajo el estandarte del Profeta, en señal de desafío; del otro lado, los francos replicaron, haciendo sonar sus trompetas.

---

<sup>1</sup> Gorro de tres picos usado por los cristianos de Alepo, que les servía como seña de identidad.



Próximo relato de “El juicio al monje maldito”

X.39 – El combate de los jefes